

F. GREVISSE: *Le Centre Extra-Coutumier D'Elisabethville*. Publicación del Institut Royal Colonial Belge. 25, Avenue Marnix, Bruselas, 1951; un vol. 448 págs.

La obra de M. Grévisse, Comisario de distrito en Elisabethville, que constituye el *Boletín* núm. 15 del Centro de Estudios de los Problemas Sociales Indígenas (C. E. P. S. I.), aunque sólo trate, como lo indica su título, del Centro consuetudinario de la ciudad de Elisabethville, tiende —yendo de lo particular y concreto a lo general— a facilitarnos un profundo y serio estudio de los problemas de toda índole planteados por los negros más o menos destrribalizados que de modo permanente o esporádico se instalan cerca de los núcleos de población urbana europea.

El estudio de M. Grévisse se inicia en 1909, cuando la capital del Katanga «es un complejo aún amorfo donde se mezclan blancos y negros en el ambiente a la vez turbio y coloreado de todos los principios». Termina estudiando los resultados logrados hasta la fecha con la aplicación del método adoptado en 1949. Es decir, que la obra reseñada abarca el examen exhaustivo de casi medio siglo de colonización, lo que implica la valoración del esfuerzo civilizador, y ello con suficiente margen y precisión para poder apreciar los fallos y los aciertos y obtener una visión de conjunto de la situación actual del mundo negro congolés.

En realidad, el Centro consuetudinario de Elisabethville, que sirve de base y pretexto para un estudio concienzudo de la sociología del Congo belga, sólo fecha de 1932. Hasta tanto, no había existido más que una ciudad indígena que se desarrolló y creció, pese a las ordenanzas, dentro de una especie de amable anarquía. En 1921, en ocasión de la visita del Gobernador general, éste encontró que la ciudad indígena se hallaba en un lamentable estado de descuido y carencia de higiene. No obstante, los esfuerzos del Gobernador general resultaron baldíos hasta que bajo la presión del problema de la

estabilización de la mano de obra, se estableció un anteproyecto de Decreto para la creación de «municipios indígenas», basados sobre fundamentos naturales, como son el patrimonio y las relaciones de vecindad. Tal objetivo se persiguió con el Decreto de 1931 sobre los Centros consuetudinarios, y en 1933 con el relativo a las circunscripciones indígenas, en los que M. Grévisse ve hitos del camino que conduce al artículo 72 de la Carta de San Francisco, aun cuando subraye que el citado Decreto de 1931 tuvo un significado administrativo antes que político.

Ciñéndose al caso concreto del Centro consuetudinario de Elisabethville, M. Grévisse señala que en relación a las entidades distrito, ciudad y territorio, a pesar de que el Centro que nos ocupa esté instalado en el corazón mismo de la ciudad propiamente dicha, jurídica y administrativamente es distinto de ésta, ya que cada cual tiene su presupuesto, su policía e incluso su población indígena. Por tanto, no hay sólo «dualidad en la administración de las dos entidades, orgánicamente interdependientes y geográficamente entrelazadas, hay práctica y legalmente disparidad total entre ambos regímenes de administración».

Después de relatar la historia del Centro consuetudinario de Elisabethville, creado por Ordenanza de 1932, y de exponer minuciosamente el funcionamiento y atribuciones de los organismos administrativos instituidos por la misma (Jefatura del Centro, Consejo del Centro, etc.), M. Grévisse insiste sobre el hecho de que no más el Decreto fundamental de 1931 que la posterior Ordenanza de 1945 pretende «organizar instituciones coloniales con carácter definitivo», lo cual abre la puerta a la posibilidad de modificar el régimen actual administrativo con vistas a armonizarlo con la fluctuante realidad, realidad que en ningún momento el autor de la obra pierde de vista y que le lleva a lamentar fallos implicados en el Decreto de 1931, como la modalidad del presupuesto del Centro consuetudinario y los defectos de un sistema de excesiva centralización que «provoca una especie de menosprecio de las entidades y valores locales». Esta inadecuación del sistema en vigor en el Centro consuetudinario de Elisabethville se pone asimismo de manifiesto en la organización financiera, criticada por M. Grévisse con gran conocimiento del tema, si es cierto que la política colonial belga tiende a una participación real de los indígenas en su propia administración.

Al margen de la aridez de los textos jurídicos y de sus comen-

tarios, se nos aparece muy interesante el capítulo consagrado a la vida económica de los habitantes del Centro estudiado, verdadera monografía dentro de una obra notablemente bien documentada y nutrida de datos de primera mano, como corresponde a quien vive, en el más amplio sentido de la palabra, el problema de que trata. No hay aspecto de esa vida económica que se hurte al empeño logrado por M. Grévisse de pintar un cuadro completo de un punto geográficamente preciso del Congo, pero donde se plantean problemas indudablemente extendidos a toda la colonia. Así, profesiones, salarios, raciones, viviendas para obreros, etc. son sucesivamente examinados, en tanto que las conclusiones a que llega son avaladas por cuadros estadísticos. Las conclusiones que expone con admirable sinceridad no pueden ser más rotundas: hay que mejorar la suerte material del trabajador indígena a base de un aumento de las raciones familiares, solucionar el problema de la vivienda y esforzarse por una mejor distribución de la renta y de las ventajas de toda índole.

Tenemos particular interés en señalar que al tratar de la organización del trabajo, M. Grévisse, no limitándose a una mera labor de exposición fría de cifras y datos, dedica al tema páginas impregnadas de sentido humano del problema y plagadas de observaciones finas y juiciosas sobre la mentalidad del indígena, opuesta en su raíz a la europea por motivos psicológicos e incomprensiones mutuas que provocan un conflicto que se deriva hacia la oposición racial. Dentro de este mismo orden de ideas, sea el conocimiento del medio humano, que se halla en un delicado punto de evolución harto confusa para que sea posible definirla con una fórmula general, son muy aleccionadoras las observaciones que M. Grévisse hace acerca de la vida jurídica del Centro consuetudinario y de los juicios de unos tribunales al parecer demasiado inclinados a juzgar según la costumbre un mundo negro cuya destribilización es de grados muy diversos de uno a otro individuo, y cuya visión de conjunto da una impresión de gran miseria moral, por lo demás más digna de compasión y comprensión humana y cristiana que de menosprecio. Y aquí no podemos menos que citar esta muy justa y generosa observación del autor de la obra reseñada: «Estos hechos (los citados por él) revelan un mal profundo: la degradación acelerada de las nociones de lo verdadero, lo bueno, lo justo, lo estable, lo solemne... Indican que el contacto de la civilización bantú y la civilización europea ha tenido por efecto mezclar valores que, en vez de imponerse unos a otros o conjugarse en-

tre sí, mutuamente se han debilitado». No obstante, no llega M. Grévisse a una conclusión de forzoso pesimismo, en particular respecto a la mentalidad del indígena que vive fuera del medio costumbrista y que está en pleno período de evolución. Cree firmemente que hay medios para orientar esa evolución en un sentido humano y dentro de la realidad africana. Los remedios que propone, unos de posible inmediata aplicación (el registro matrimonial y la legislación de la herencia, por ejemplo), otros de resultados a largo plazo (restauración de los valores morales sobre la base del concepto que de los mismos tienen la civilización bantú y europea) se nos aparecen impregnados de buen sentido e inspirados por un conocimiento directo del ambiente considerado con alteza de miras.

Ahora bien, dentro de esa excelente labor de disección del cuerpo indígena, disección que rebasa ampliamente los límites del Centro consuetudinario de Elisabethville, punto de partida de la obra, no ha dejado de sorprendernos un hecho: el que M. Grévisse, sin duda alguna obedeciendo a una objetividad que en ocasiones sería frialdad de no estar siempre atemperada por el sentido humano que domina esta obra, no conceda a la solución de cristianización del mundo negro grandes posibilidades de éxito, al menos inmediato. Ocupándose de esta faceta de la colonización belga, señala que si bien el porcentaje total de los cristianos (católicos y protestantes) de Elisabethville es el 50 por 100 de la población indígena, «de año en año la cristianización parece estar en retroceso». El número de bautizos, que en 1940 suponía el 60 por 100 de los nacimientos registrados, ha bajado al 32 por 100 en 1949, por no citar más cifras. Junto a este hecho, que no contradice sustancialmente los datos proporcionados por la obrita *L'Eglise au Congo et au Ruanda-Urundi*, anteriormente reseñada en CUADERNOS, se observa, si no exactamente un despertar del nacionalismo bantú, sí al menos un verdadero incremento del regionalismo, junto con un aumento notable de la escolaridad, el ansia de independencia por parte de las mujeres y una creciente migración hacia las ciudades. Esta desapasionada contemplación de un presente preñado de amenazas de futuro no aniquila sin embargo la fe de M. Grévisse «ni la retirada de los blancos ni el conflicto con los autóctonos parecen inevitables porque en la materia no hay absolutos rígidos. Si la política colonial belga pudiera plegarse, de generación en generación, a interpretaciones nuevas y siempre mejores, subsistirían muchos motivos de esperanza», dice.

Esta obra, acaso un tanto detallista en los aspectos concretamente referidos al Centro consuetudinario de Elisabethville, en cuanto trata de los problemas sociales y humanos del mismo, por el hecho de abarcar todo el Congo belga y en muchos aspectos la totalidad del Africa Negra, adquiere una altura de pensamiento e intensidad de sentimiento que la clasifican, en nuestra opinión, entre los mejores estudios sociales del mundo de color de estos tiempos.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

NOTICIA DE LIBROS

